

—¿Qué te parece?

La contestó:

—Este hombre es un inquisidor. Debe de ser muy peligroso.

Más tarde, cuando supo por los aldeanos, de quienes era amigo, las severidades del joven sacerdote, sus violencias, aquella especie de persecución que ejercía contra las leyes y los instintos innatos, le cobró odio.

Pertenecía el barón á la raza de los viejos filósofos, adoradores de la naturaleza; enterneciase apenas veía á dos animales unirse, cayendo de hinojos ante una especie de Dios panteísta, rebelándose ante la concepción de un Dios de intenciones burguesas, de cóleras jesuíticas, y venganzas de tirano, un Dios que era la creación entrevista, fatal, ilimitada, omnipotente; la creación, vida, luz, tierra, pensamiento, planta, roca, hombre, aire, animal, estrella, Dios, insecto al mismo tiempo, creando porque es creación, más fuerte que una voluntad, más vasta que un razonamiento, produciendo sin objeto, sin razón y sin fin en todos sentidos y en todas las formas, á través del espacio infinito, según las necesidades del acaso

y la proximidad de los soles que caldean los mundos.

La creación contenía todos los gérmenes, desarrollándose en ella el pensamiento y la vida como las flores, y los frutos como los árboles.

Así es que, para él, la reproducción era la gran ley general, el acto sagrado, respetable, divino, que cumple la oscura y constante voluntad del Ser universal. Y de granja en granja empezó una ardiente campaña contra el sacerdote, que perseguía así la vida

Desconsolada Juana, rezaba al Señor, suplicaba á su padre; pero éste la contestaba invariablemente:

—Hay que combatir á estos hombres; es al mismo tiempo un derecho y un deber para nosotros. No son humanos.

Y sacudiendo sus largos cabellos blancos, repetía:

—No son humanos; no comprenden nada, nada, nada. Obrán como en un sueño fatal; son antifísicos.

Y gritaba:

—¡Antifísicos! — como si fuera una maldición. El sacerdote veía quién era su enemigo; pero

como quería seguir dominando el castillo y la joven, contemporizaba, seguro de la victoria.

Además, estaba poseído por una idea fija; había descubierto casualmente los amores de Gilberta y de Julián, y quería cortarlos á toda costa. Un día vino á ver á Juana, y después de una larga conversación mística, la pidió que se uniera á él para matar el mal en su propia familia, para salvar dos almas en peligro.

La joven no le entendió, y quiso saber á qué se refería.

Él contestó:

—Aún no ha llegado la hora, pero sonará muy pronto.

Y se alejó bruscamente.

El invierno tocaba á su fin; un invierno podrido, como dicen en los campos, tibio y húmedo.

Volvió el cura unos cuantos días después, y en términos oscuros habló de esas relaciones indignas entre personas que deben ser irreprochables. Según él, á los que tienen noticia de tales hechos corresponde la obligación de cortarlos por todos los medios. Entró luego en consideraciones elevadas, y, por último, cogiendo

en sus manos la de Juana, la intimó á que abriera los ojos, mirase y le ayudara.

Esta vez, la joven había comprendido, pero se callaba, espantada al pensar todo el trastorno que podía caer sobre su casa, ahora tranquila; y fingió no saber á qué se refería el sacerdote. Este no vaciló, y habló con toda claridad:

—Es penoso el deber que voy á cumplir, señora condesa, pero no puedo obrar de otro modo. El ministerio que ejerzo me ordena que no os deje ignorar más tiempo lo que podéis impedir. Sabed, pues, que vuestro esposo mantiene amistad criminal con Mad. de Fourville.

Juana bajó la cabeza resignada y sin fuerzas.

El sacerdote continuó:

—¿Qué pensáis hacer ahora?

Ella balbuceó:

—¿Qué queréis que haga, señor cura?

El contestó con violencia:

—Intervenid en esa pasión culpable.

Ella se echó á llorar, y con voz de angustia dijo:

—¡Pero si me ha engañado ya con la criada!  
¡Si no me escucha! ¡Si no me quiere! ¡Si me

maltrata en cuanto manifiesto un deseo que no le conviene!... ¿Qué puedo hacer?

El cura, sin contestar directamente, exclamó:

—¡Es decir que os inclináis! ¡Os resignáis! ¡Consentís! ¡El adulterio está bajo vuestro techo, y lo toleráis! ¿El crimen se hace á vuestra vista, y apartáis la mirada? ¿Sois una esposa? ¿Una cristiana? ¿Una madre?

La joven sollozaba:

—¿Qué queréis que haga yo?

El replicó:

—Todo, antes que permitir esta infamia. Os digo que todo. Abandonarle. Huir de esta casa que está manchada.

Díjole ella:

—Pero es que yo no tengo dinero, señor cura; y además, ahora no tengo valor. Por otra parte, ¿cómo marcharme sin tener pruebas de ello? No tengo derecho á hacerlo.

El sacerdote se levantó trémulo:

—La cobardía os aconseja; os creía de otro manera; ¡sois indigna de la misericordia de Dios!

Juana cayó de rodillas:

—¡Oh! Os lo ruego, aconsejadme; no me abandonéis.

Con voz brusca contestó:

—Abrid los ojos á M. de Fourville. A él le toca romper estas relaciones.

Ante esta idea, se sintió sobrecogida de espanto:

—¡Pero es que los mataría, señor cura! ¡Y había yo de cometer una delación! ¡Oh! Lo que es eso, jamás.

Entonces levantó él la mano como para decirle, temblando de cólera.

—Permaneced en vuestra vergüenza y en vuestro crimen, porque sois más culpable que ellos. Sois la esposa complaciente. No tengo nada que hacer aquí, nada.

Y se fué, tan furioso, que todo su cuerpo temblaba.

Ella le siguió extraviada, próxima á ceder, empezando á prometer. Pero él continuaba vibrante de indignación, andando á rápidos pasos, sacudiendo furiosamente su gran paraguas azul, casi tan alto como él.

Vió á Julián que, en pie cerca de la empalizada, estaba dirigiendo unos trabajos de campo, y volvió á la izquierda para atravesar la granja de los Couillard, iba diciendo:

—Dejadme, señora, no tengo nada que decir.

Precisamente en su camino, en medio del patio, un grupo de niños, los de casa y los de casas próximas, reunidos alrededor de la perrera de *Mirza*, la perra, contemplaban con curiosidad algo que había de despertar en ellos su atención muda y concentrada. En medio de todos el barón, con las manos á la espalda, miraba también curiosamente. Hubiérasele tomado por un maestro de escuela. Pero cuando vió de lejos al sacerdote, se retiró, para no encontrarse y tener que saludarle.

Juana, con voz de súplica, le decía:

—Dejadme algunos días, señor cura, y volved al castillo. Yo os diré lo que he podido hacer, y lo que tengo dispuesto, y nos pondremos de acuerdo.

Llegaban entonces cerca del grupo de muchachos, y el cura se acercó para ver qué era lo que tanto les interesaba. Es que estaba pariendo la perra. Delante de ellos, cinco perrillos bullían ya alrededor de su madre, que los lamía tiernamente, echada sobre uno de sus costados, toda dolorida. En el momento de

acercarse el sacerdote, el pobre animal, crispado, se alargó una vez más, y apareció otro nuevo perrillo. Entonces todos los pilluelos, llenos de alegría, se pusieron á gritar, palmo-teando:

—¡Otro más! ¡Otro más!

Para ellos era aquello un juego natural, en que no entraba para nada la impureza. Contemplaban aquel parto lo mismo que hubieran visto caer manzanas.

Empezó el padre Tolbiac por quedarse absorto; luego, presa de una furia irresistible, empezó á repartir cachetes sobre todas las cabezillas agrupadas. Los chiquillos, asustados, echaron á correr, y el sacerdote se encontró súbitamente enfrente de la perra, que otra vez hacía esfuerzos para levantantarse. Pero él no la dió tiempo á que se enderezase sobre sus patas, y como un loco se puso á pegarla rudamente. Encadenado como estaba el pobre animal, no podía escaparse, y gemía horriblemente, retorciéndose bajo los golpes. El cura rompió su paraguas, y al verse con las manos vacías, se subió encima, pateándola con frenesí, aplastándola. De este modo la hizo que echase

al mundo otro perrillo, que salió á su presión, y á taconazos remató á Mirza, cuyo cuerpo, ensangrentado, se movía aun en medio de los recién nacidos, que aullaban, ciegos y torpes, buscando ya las mamas de su madre.

Juana había echado á correr, pero de pronto el sacerdote se sintió agarrar por el pescuezo; un bofetón le echó al suelo el sombrero; y el barón, desesperado, arrastrándole hasta la empalizada, le arrojó en medio del camino.

Cuando M. Le-Perthuis se volvió, vió á su hija arrodillada en medio de los perrillos, que recogía en su falda. Tornó hacia ella corriendo, gesticulando, y gritaba:

—¡Ahí tienes, ahí tienes al hombre de sota-  
nal! ¿Lo has visto ahora?

Los colonos habían acudido; todos miraban al pobre animal, destrozado, y la tía Couillard decía:

—¿Pero es posible que se pueda ser tan salvaje?

Juana había recogido á los siete perrillos y quería sacarlos adelante.

En vano se intentó darles leche; tres de ellos murieron al otro día. El tío Simón corrió todo

el pueblo buscando una perra que los criase; no la encontró, pero trajo una gata, afirmando que era lo mismo. Mataron luego á tres de los cuatro animales que quedaban, y se confió el último á aquella nodriza de otra raza, que le adoptó sin miramientos, y le tendió su teta, echándose sobre un costado.

Para que no agotase á su madre adoptiva, se la quitó al perro quince días después, y Juana se encargó de criarle con biberón. Le había llamado Toto; pero el barón le cambió el nombre, bautizándole con el de «Matanza.»

El sacerdote no volvió; pero al domingo siguiente lanzó desde el púlpito imprecaciones, maldiciones y amenazas contra el castillo, diciendo que había que cauterizar las llagas, anatematizando al barón, que celebró sus anatemas, y aludiendo, velada y tímidamente todavía, á los nuevos amores de Julián. El vizconde se exaltó; pero el temor á dar un escándalo hizo que se contuviera.

Y desde entonces, de sermón en sermón, el sacerdote siguió anunciando su venganza, prediciendo que la hora de Dios se acercaba, que heriría á todos sus enemigos.

Julián escribió al Arzobispo una carta respetuosa, pero enérgica; el padre Tolbiac se vio amenazado de caer en desgracia, y se calló.

Ahora se le veía dando á largos pasos grandes paseos solitarios, con aire de exaltación. Gilberta y Julián le veían á todas horas en sus paseos á caballo, unas veces de lejos, como un punto negro en el extremo de un llano, ó á orillas de la costa; otras leyendo su breviario en cualquier valle estrecho en que iban á entrar. Al distinguirle, volvían grupas para no pasar junto á él.

La primavera había venido, reavivando su amor, arrojándolos cada día uno en brazos de otro; aquí ó allá, bajo todo abrigo adonde les llevaba su carrera.

Como las hojas de los árboles estaban claras todavía, y la hierba húmeda, y no podían, como en medio del verano, ocultarse en los sotos de los bosques, habían adoptado frecuentemente, para esconder sus abrazos, la choza de un pastor, abandonada desde el otoño en la cumbre de la costa de Vaucotte.

Allí permanecía sola, en alto sobre sus ruedas, á quinientos metros de la cortadura, preci-

samente en el punto en que empezaba el rápido descenso del valle. En ella no podían sorprenderles, porque dominaban las llanuras; y los caballos, atados á las varas, esperaban á que se cansasen de hacerse caricias.

Sucedió en esto que un día, al salir de aquel refugio, distinguieron al padre Tolbiac sentado, casi escondido en los juncos marinos de la costa.

—Dejaremos nuestros caballos en el valle— dijo Julián—desde lejos podrían denunciarnos.

Y adquirieron la costumbre de atar los animales en un repliegue del valle, lleno de maleza.

Una tarde, al volver los dos á la Vrillotte, donde debían comer con el conde, se encontraron al cura de Etouvent que salía del castillo, y se apartó á un lado para dejarlos pasar, saludándoles sin mirarlos.

Algo les inquietó el encuentro; pero su inquietud se disipó en seguida.

Una tarde hallábase Juana leyendo junto al fuego, porque hacía mucho frío, aunque se estaba á principios de Mayo, cuando vió entrar precipitadamente al conde de Fourville, que venía á pie y corriendo de tal modo, que en

seguida pensó que había acontecido alguna desgracia.

Bajó en seguida para recibirle, y al verle le creyó loco. Traía en la cabeza un gran gorro de pieles, que sólo usaba en su casa, vestido con su blusa de caza, y tan pálido, que su bigote rojo, que generalmente no se destacaba sobre su rostro colorado, parecía á la sazón una llama. Y sus ojos, extraviados, rodaban dentro de sus órbitas.

Balbuceó:

—¿Está aquí mi mujer, verdad?

Juana, perdiendo la cabeza, contestó:

—No, no la he visto hoy.

El conde se sentó, como si sus piernas estuvieran rotas; quitóse el gorro y se enjugó la frente con un pañuelo varias veces, con un gesto maquinal; luego, levantándose de un salto, se adelantó hacia la joven con las dos manos extendidas, la boca abierta, dispuesto á hablar, á confiarla algún terrible dolor; pero se detuvo, la miró con fijeza, pronunció en una especie de sollozo:

—¡Es que... vuestro marido... vos también!...

Y echó á correr en dirección al mar.

Juana fué á detenerle, llamándole, suplicándole, con el corazón crispado de terror, pensando:

—¡Lo sabe todo! ¿Qué va á hacer? ¡Oh! ¡Con tal que no los encuentre!

Pero no podía alcanzarle; el conde no la escuchaba. Seguía andando hacia adelante sin vacilar, como hombre que sabe adónde va. Saltó la zanja, y luego, atravesando á paso de gigante los juncos marinos, ganó la cortadura.

Juana, en pie sobre el talud, le siguió largo tiempo con los ojos; luego, perdiéndole de vista, entró en la casa, atormentada de angustia.

El conde había vuelto hacia la derecha; iba corriendo. El mar, encrespado, agitaba sus ondas; negras nubes llegaban, arrastradas por locas velocidades, y pasaban, seguidas por otras, y cada una de ellas dejaba caer sobre la costa una furiosa llovizna. El viento silbaba, gruñía, arrasaba la hierba, derribaba los primeros tallos, arrastrando como copos de espuma, grandes pájaros blancos que se llevaba lejos, hacia el interior.

Las turbonadas que se sucedían azotaban el rostro del conde, empapaban sus mejillas, y sus

bigotes, por los cuales corría el agua, llenaban de zumbidos sus orejas y su corazón de tempestades.

Allá abajo, delante de él, el valle de Vaucotte abría su profunda garganta. Hasta allí nada más que una choza de pastor, cerca de un redil vacío. Había dos caballos sujetos á los largueros de la casa móvil.—¿Qué se podía temer de esta tempestad?

En cuanto los vió, el conde se echó al suelo; luego se arrastró sobre las rodillas y las manos, semejante á una especie de monstruo, con su gran cuerpo sucio de lodo, y su gorro de pelo. Trepó hasta la cabaña solitaria, y se inclinó hacia abajo para que no le vieran por las hendiduras de las tablas.

Los caballos, que le habían visto, se agitaban; cortó lentamente sus bridas con un cuchillo que llevaba abierto en la mano; y habiendo sobrevenido una borrasca, los animales echaron á correr azotados por el granizo que golpeaba el techo inclinado de la casa de madera, haciéndola saltar sobre sus ruedas.

Entonces, alzándose sobre sus rodillas, el conde miró por bajo de la puerta, hacia el interior.

No se movía; al parecer esperaba. Pasó un rato bastante largo; por fin se levantó, cubierto de lodo de la cabeza á los pies. Con un gesto violento corrió el cerrojo que cerraba la puerta por fuera, y cogiendo los largueros, se puso á sacudir aquella guarida como si hubiera querido destrozarla. Luego se unció á ellos, doblando su alto cuerpo con un esfuerzo desesperado, tirando jadeante, como pudiera hacerlo un buey, y arrastró hasta la rápida pendiente la casa móvil y lo que encerraba. Alguien gritaba dentro, golpeando las tablas con el puño, sin comprender nada de cuanto sucedía.

Cuando estuvo en lo alto de la pendiente, soltó la ligera mansión, que empezó á rodar sobre la inclinada cuesta; precipitando su carrera, locamente impulsada, moviéndose cada vez más de prisa, saltando, tropezando como un ser vivo, golpeando el suelo con sus largueros.

Un viejo mendigo que estaba sentado en un barranco, la vió pasar, dando saltos sobre su cabeza, y oyó los gritos horribles que sonaban dentro de aquella caja de madera.

De pronto perdió una rueda de un tropezón, se acostó sobre un costado, y empezó á descen-

der como una bola, semejante á una casa que, arrancada de la cumbre de un monte, bajase dando volteretas. Luego, al llegar á un reborde del valle, saltó, describiendo una curva; y cayendo al fondo, quedó aplastada en él, como un huevo.

En cuanto se rompió sobre el suelo pedregoso, el viejo mendigo, que la había visto pasar, bajó lentamente por los espinos; y movido por su prudencia campesina, no osando acercarse, se fué á la granja más inmediata á anunciar el incidente.

Todos acudieron: levantaron los restos de la caseta, y vieron dos cuerpos. Estaban muertos, aplastados, sangrientos. El hombre tenía la cabeza abierta y toda la cara aplastada. La mandíbula de la mujer colgaba, desprendida en un choque, y sus miembros, rotos, estaban blandos, como si no hubiesen tenido huesos bajo la carne.

A pesar de todo, los reconocieron, y se echaron á disertar largamente sobre las causas de la desgracia.

—¿Qué harían en esta choza?—preguntó una mujer.

Y el mendigo contó que, al parecer, habíanse resguardado en ella para ponerse al abrigo de la tormenta, y que el viento furioso había debido arrastrar la caseta hasta el precipicio. Y explicaba cómo él mismo iba á guarecerse allí, cuando vió los caballos atados á las varas, lo cual le hizo entender que alguien ocupaba la choza. Y añadió con aire satisfecho:

—A no ser por eso, el accidente me hubiera pasado á mí.

Una voz dijo:

—¡Más valía!

Al oirla, el buen hombre sintió una cólera terrible.

—¿Y por qué hubiera valido más? ¿Porque soy pobre y ellos ricos? Miradlos ahora...

Y trémulo, desgarrado, chorreando agua, súcio, con su barba crespa y sus largos cabellos, que se le salían por el sombrero sin fondo, señalaba á los dos cadáveres con la punta de su cayado, y decía:

—Ante esto, todos somos iguales.

Pero otros aldeanos habíán acudido, y miraban desde lejos, con mirada inquieta, torva, espantada, cobarde y egoísta. Deliberaron acerca de

lo que debían hacer; y con la esperanza de una recompensa, decidieron llevar los cuerpos á los castillos respectivos. Con este objeto engancharon dos carretas. Pero surgió una nueva dificultad. Unos querían simplemente echar paja en el fondo de los carros; otros, para mayor comodidad, querían poner colchones.

La mujer que había hablado antes, exclamó:

—¡Pero no veis que esos colchones se van á llenar de sangre y habrá que meterlos en lejía!

Un grueso colono, de rostro alegre, la interrumpió:

—Ya nos los pagarán. Cuanto más valgan, más darán.

El argumento fué decisivo.

Y las dos carretas, colocadas en alto sobre ruedas sin muelles, partieron al trote, una á la derecha, otra á la izquierda, sacudiendo á cada vaivén que daban en los baches aquellos restos de dos personas que se habían separado, y que ya no se volverían á encontrar.

En cuanto vió rodar la caseta sobre el rápido declive, el conde huyó con toda la velocidad de sus piernas, á través de la lluvia y la borrasca. Así corrió durante muchas horas, cortando los

caminos, saltando los taludes, abriéndose paso por entre los setos; y volvió á casa al caer el día, sin saber cómo.

Los criados aturdidos le esperaban, y le anunciaron que los dos caballos habían vuelto sin sus jinetes, el de Julián detrás del de la condesa.

Entonces M. de Fourville vaciló, y con voz entrecortada, dijo:

—Les habrá ocurrido algún incidente con este tiempo tan horrible. Que todos salgan á buscarlos.

Él también salió; pero en cuanto advirtió que nadie le veía se ocultó en una zarza, acechando el camino por donde iba á volver, muerta ó moribunda, tal vez inválida, desfigurada para siempre, aquella á quien amaba aún con pasión salvaje.

A poco pasó por delante de él una carreta que llevaba algo extraño.

Detúvose delante del castillo, luego entró. Era ella, sí, ella; pero una angustia horrible le dejó clavado en su sitio, un miedo horrible á saber, un espanto á conocer la verdad; y no se movía, tímido como una liebre, temblando al más ligero ruido.

Esperó una hora, tal vez dos. La carreta no salía. Dijo que su mujer estaba agonizante; y la idea de verla, de volver á encontrar su mirada, le llenó de tal horror, que temió ser descubierto en su escondite y verse obligado á entrar para asistir á aquella agonía, y huyó más, en medio del bosque. De pronto, se le ocurrió que podía ella necesitar socorro, que á nadie tenía para que la cuidase, y volvió, corriendo á todo correr.

Al entrar tropezó con su jardinero y le preguntó:

—¿Qué hay?

El hombre no se atrevía á contestar. Entonces, M. Fourville, casi aullando, le preguntó:

—¿Ha muerto?

Y el criado balbuceó:

—Sí, señor conde.

Experimentó un gran alivio. Una calma entró de pronto en su sangre y en sus músculos, que vibraban, y subió con paso firme los pedaos de la gran escalinata.

La otra carreta había llegado al castillo. Juana la vió desde lejos, vió el colchón, adivinó que encima de él yacía el cuerpo, y lo com-

prendió todo. La emoción fué tan viva, que cayó desmayada.

Cuando recobró el conocimiento, su padre la sostenía la cabeza, mojándola las sienes con vinagre. La preguntó vacilando:

—¿Sabes?...

Murmuró:

—Sí, padre.

Pero cuando quiso levantarse, no pudo conseguirlo: tanto era lo que sufría.

Aquella misma noche dió á luz una niña muerta.

Nada vió del entierro de Julián, nada supo. Sólo al cabo de uno ó dos días se enteró de que había venido «tía Lison;» y en las pesadillas febriles que la atormentaban trataba con obstinación de recordar cuándo se había marchado del castillo la solterona, en qué época, en cuáles circunstancias. No podía acabar de saberlo, ni en sus horas de lucidez, teniendo sólo la seguridad de que la había visto después de la muerte de mamáta.